

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

POETAS, SANTONES, MONOS Y ESQUELETOS

(I)

NO es una falta de respeto alinear a los poetas junto a los santones, a los santones junto a los monos y a los monos junto a los esqueletos, porque todos son sagrados en la India. Pero entre poetas, los que más llamaron mi atención, son los que no dicen sus poemas, sino que los cantan. El poeta debía haber conservado entre nosotros esta forma litúrgica de pronunciar su mensaje y el mensaje. Entre los poetas hindúes que conocí, y fueron varias decenas, todos tienen, además, un mensaje. No escriben porque sí, por componer renglones cortos más o menos medidos y rimados, por publicar libros de versos. Escriben porque consideran que tienen algo que expresar y se consideran vehículos de la divinidad o de lo desconocido, de fuerzas ocultas. Y lo que escriben, lo cantan.

En la Embajada de Nepal fuimos invitados a una «soirée» poética. Después de una suntuosa comida, en la que vimos aparecer muchos de los platos picantes que se comen en México, con otros nombres y algunas variantes, se colocaron las sillas al centro de un inmenso salón formando, como las tiendas trashumantes, y tapizado por dentro con bellísimas alfombras, pisos y paredes. Y allí se hizo el círculo de los oyentes. Y allí se presentó el poeta nepalense, quien, tras un breve exordio en inglés, para los visitantes extranjeros, empezó a cantar. ¿A cantar? Habrá que explicarse. No es, como pudiera creerse, que se largó a hacer juegos y gorgoritos con la laringe, no; su canto fue la gutural resonancia del agua en gárgara, el fluido irse del aire por sus narices, al tiempo de ir soltando las palabras de sus versos. Una forma de cantar los versos que no es nuestro canto ni nuestra declamación. El sonido vivo, metálico, de la palabra se hace más elevado y participa, ya no del recitado, sino del himno litúrgico que parece tarareado.

Los temas. Si, era importante que nos tradujeran cuáles eran los temas. Y pronto supimos que el poeta que seguía en uso del canto, evocaba una cacería de fieras salvajes en los bosques de Nepal. Allí iban los cazadores, más fieros que las fieras, a cobrar la presa que dormiría luego a los pies de rosa y ámbar de la amada. La trompetería. El retablo de Shiva, acompañándolos. El viento, de pronto, desatado entre las grandes dagas con flecos de las palmeras. Y tras el viento, el huracán y la lluvia, y la tempestad. Otra cacería en el cielo. El cazador y los cazadores humanos quedábase reducidos a la impotencia del diminuto, a pesar de sus armas, de sus flechas envenenadas, de sus arcos certeros, y de las bocas de fuego de sus fusiles. Pero de pronto vuelve a evocarse el nombre de la diosa

del amor, y ella calmará todo, y permitirá a los cazadores volver con el presente de ambrosía y perfume, para la mujer que espera, en sueños de nirvana, la vuelta de sus adoradores. Fueron pasajeros celos de los dioses...

El tema nos parece hermoso, pero muy alejado de la realidad circundante y de todo lo que se sufre de hambre y miseria en aquellas comarcas. Así lo expresamos. Y así es, nos explica otro de los amigos hindúes que nos acompaña. Así es, todavía no se quieren ver los sufrimientos de nuestro pueblo, y hasta ahora se empieza a reaccionar contra esta clase de poesía que si es verdad que participa de las más hermosas corrientes de la tradición, suena a falso, no satisface ni convence a ninguno. Y por eso los poetas se han ido quedando solos. Ya nadie los busca, ya a nadie interesan. Entre ellos se reúnen y celebran sus creaciones, en sociedades o reuniones en que se cambian elogios. La gran poesía está por hacerse, la poesía que corresponda a nuestro tiempo, la que desborde de esas copas de miel en que bebía el Profeta, en que se embriagan los espíritus del bien. Intervenimos, preguntamos lo de la embriaguez de los espíritus del bien. Sólo los espíritus del mal se embriagan, sostenemos, de paso. Pero nuestro informante, al ver nuestra repentina reacción, se sorprende, calla y sólo un momento después articula que también se embriagan, para los poetas, los espíritus del bien. La poesía es una ebriedad del espíritu del bien. Un poeta es un filtro en el que se destilan los licores de esa belleza mágica, de esta borrachera del corazón de Dios.

Ahora somos nosotros los sorprendidos. Nos parece que nos movemos en un círculo cerrado. Nuestro amable informante nos decía, hace un momento, acotando lo que nos traducía del canto del poeta, que éste celebraba las peripecias de una cacería en Nepal, que esa clase de poesía estaba divorciada de la realidad, y ahora, al explicar, o tratar de explicarnos, lo de la ebriedad de los espíritus del bien, nos hablaba en el idioma de la miel y el regocijo, la especie gustosa a los sentidos, y de ese licor casto que filtran los poetas. Callamos, mientras la conversación, por otro cauce, vuelve al punto de partida y puede replantearse la cuestión.

Una dama es ahora la que canta. Es la poetisa más célebre de Nepal. Y su voz tierna evoca los manojos de las flores que cortó en su niñez, los sueños que despertaron sus júbilos, y las primeras lágrimas que separaron sus pestañas. Estamos hartos. Nada de aquel tinglado correspondía a lo que veíamos todos los días, a todas horas, en las calles de estas ciudades.

Y nuestro acompañante volvió a estar de acuerdo con nosotros. Pero esta vez, aunque le hicimos parpadear, pues parecía

turbado, no le dejamos volver a su fraseología ambigua, lo llevamos directamente a lo que considerábamos más verdadero: al divorcio que existe entre esta poesía, entre estos poetas, y la realidad de la India. Es un problema, todo un problema, nos contestó. Y estuvimos de acuerdo con él. Y no sólo un problema planteado allá, sino en todas partes. Una cuestión que aún está por discutirse, y de la que sólo se habla parcialmente.

Cada quien, preocupado por estos temas poéticos, se lo plantea no sólo en la India, sino en todo lugar, porque no sólo en la India los poetas están cantando cosas que suceden en celestes esferas mientras el dolor pulula por las calles, el dolor y la alegría, es decir, lo humano. Jamás pensamos, al hacer este planteo a nuestro acompañante, que los bardos debían trasladar a sus estrofas solamente el sufrimiento, pues también existen la alegría, el contento, el gusto de vivir, en menor escala, según los países, pero existen, y esto hace que lo que pedíamos fuera la humanización del verso.

Nos escabullimos como pudimos de aquella reunión de poetas, cantores. Lo habríamos hecho violentamente. Nos ahogaba aquel melodioso infundio que no era sino el eco distante de la gran literatura antigua de la India. Y ya en la calle seguimos discutiendo con los amigos que se salieron con nosotros. La noche era un halago. Esas tibias noches de Delhi, con astros grandes, dorados, colgados muy cerca de la tierra, de las cúpulas de los edificios, en la pureza del cielo. Nuestros pasos se oían resonar en las baldosas y nuestras sombras, crecidas atrás o adelante, según nos quedaran los focos del alumbrado público, pasaban entre las sombras de los árboles.

Alguien nos muestra en redor de los árboles callejeros, cuando aún no tienen estatura suficiente, parapetos de ladrillos de forma circular, alternados, formando una especie de dameros. En otras partes a los arbolitos recién plantados, decimos, se les ponen apenas unas cuantas tablas o defensas de cañas, ¿por qué malgastan el ladrillo, cuando tienen necesidad de construir muchas casas, para tanto ser sin vivienda? Y la respuesta viene en seguida, aplastante, definitiva: «Porque aquí las que se comen los árboles, son las vacas sagradas... y es mejor evitar, pues no se les podría castigar, ni retirárselos, una vez que lo hubieran empezado a comer...».

Otra fue la discusión: ya no seguimos hablando de poesía...

Miguel Angel ASTURIAS

Nueva Delhi

TIEMPO DE LEER

LOS LIBROS Y LA GENTE

UN cierto «macluhanismo» más o menos mal entendido ha puesto en circulación la sospecha de que el libro tiene sus días contados. El augurio se basaría en la prosperidad creciente de los medios audiovisuales de difusión, o de comunicación, que, según se cree o se dice, va robando terreno al viejo uso de la lectura. El papel impreso, y concretamente el libro, sufrirá, a la larga, una competencia insuperable: la televisión, los magnetófonos, la radio, el disco, y otros chismes de próxima invención, le suplantarán en determinadas funciones, tanto a nivel de enseñanza y de información como de entretenimiento. Y la verdad es que algo así parece previsible, en alguna medida. Al fin y al cabo, hay trámites que obtendrán una mejor fluidez —eficacia, incluso— mediante la imagen y el sonido que con la letra fija y fría. Desde hace milenios, nuestra cultura descansa sobre el alfabeto, y nos cuesta admitir que la cosa pueda cambiar. Desde luego, la profecía no sólo es exagerada, sino también incorrecta. Lo que se avecina, más que un retroceso del libro, es la introducción de técnicas extrabibliográficas —y valga el término— en áreas antaño reservadas al libro y en las que el libro era insuficiente: «complementos», no «suplementos» o «suplencias». Esto salta a la vista.

Ocurre, sin embargo, que, en torno al libro, existe un halo de confusión y de énfasis social, que ha dado pie a no pocas ilusiones «culturalistas» cuya entidad raya en lo mitológico. Entre los tótems de nuestra tribu, el libro ocupa un lugar muy distinguido; casi con el mismo rango que el automóvil y el cepillo de dientes: «casi». Esta circunstancia influye mucho en la valoración de su alcance. No ha de sorprender-

nos pues, que, un tanto al margen de cualquier tentativa «métrica» —estadística—, suelen producirse juicios ingenuos: «Hoy se lee más que nunca», o, en los antipodas, «Cada día se lee menos». En el fondo, responden a una idéntica concepción de la trascendencia del libro. El «más» y el «menos» se pronuncian, respectivamente, con optimismo y con pesimismo, pero siempre sin demasiada circunspección: la relatividad histórica de su medida apenas entra en juego. Con lo cual se olvida que el fenómeno, en sí, es tremendamente complejo. Lo es, ante todo, respecto al pasado. Y dejaremos de momento, otra faceta del asunto: la representada por zonas geográficas —por sus poblaciones— ajenas a la órbita cultural del Occidente escolarizado y tipográfico, como son la mayoría del Tercer Mundo.

¿Se lee «más» o «menos», ahora? La referencia a un «antes» sugiere curiosas implicaciones eruditas: todavía está por estudiar, y por aclarar, con datos seguros, lo que la «lectura» fue en las sociedades europeas, cien años atrás, doscientos, quinientos, más. En realidad, ya sabemos lo esencial: leer, lo que se dice leer, ha sido, hasta hace cuatro días, una «especialidad» pongamos «laboral». El hábito del deletreo y de la caligrafía, durante siglos, se restringió a unos cuantos oficios: clérigos, notarios, médicos y similares. La «lectura» desinteresada —como hoy la de una novela— de un tratado metafísico, o de un poema lírico— constituía un verdadero privilegio: hacía falta, para gozarla, «saber leer», «poder adquirir un libro» y «disponer de tiempo». No era frecuente que coincidiesen las tres ventajas. Y no sólo en la Edad Media, con aulas esporádicas, ma-

nuscritos costoso y multitudes semiesclavas: en el mismo XVIII, notablemente corregidas estas premisas, todavía la lectura era cosa de minorías. El Ochocientos democratizó el planteamiento, y nosotros creemos llevarlo a un nuevo grado de plenitud. La «instrucción pública» gratuita y obligatoria, la baratura del libro corriente, y el «ocio pagado» de las clases asalariadas, insinúan unas condiciones óptimas para que la gente se dedique a leer. ¿Se lee más? ...¿O «menos»?

La «proporción» resulta difícil de establecer, a ojo de buen cubero: Yo me atrevería a afirmar que «más», «más», pero «sin abusar». El entusiasmo alfabetizador tiende a la hipérbola. El porcentaje de vecinos que saben leer, actualmente, es muy alto, en efecto. El hecho de que sepan leer, sin embargo, no significa que lean, o que lean algo que no sea lo indispensable. El analfabetismo pasivo —no leer—, más que «no saber leer» —es hoy tan abrumador como lo fue el analfabetismo «tout court» de otras épocas. Por otra parte, las aprensiones, de carácter depresivo tampoco están demasiado justificadas. Atribuir al cine, a la televisión o a la radio la desganancia ante el libro, es, a mi entender, un error. La clientela de estos aparatos no ha sido sustraída al libro: procede del casino, de la taberna, o de la simple somnolencia. Sus contactos con la lectura fueron mínimos, y no los han alterado. En todo caso, si ha habido deserciones, han sido escasas... Se lee «más», y el discreto auge de la industria guttenberguiana lo certifica. El número de lectores regulares es elevado. La expansión demográfica lo hace posible, en cifras absolutas: esto es obvio. Y las escuelas multiplicadas, el libro de

bolsillo y el «tiempo libre» ensanchan su recluta, a otros niveles.

Quizá el «tiempo» sea la oportunidad menos propicia. El «tiempo» es dinero, naturalmente —jornal, por ejemplo—; pero no sólo dinero. La vida que nos hemos montado, o que nos han amañado, no tiene nada que ver con la venerable estampa de nuestros abuelos y bisabuelos «de cliché», hipotéticos, que aplicaban, sus largas veladas junto al fuego, o sus tardes lentas y doradas, a deglutir novelones, sumas teológicas, versos, crónicas. El reloj y el calendario son, hoy, trucos muy diferentes. Y el rato para el libro se adelgaza. El éxito de las ediciones resumidas, de las «abreviaturas», de los «digests», de todas las martingalas expeditivas, se comprende sin dificultad. Queremos «enterarnos» de prisa. Y esa misma prisa da origen a los métodos de «lectura rápida», tan en boga en algunos sitios. Para quienes estamos acostumbrados a la antigua noción de la «lectura», todos estamos acostumbrados a la antigua noción de la «lectura», todos estos expedientes poseen un no sé qué de capcioso y de trampa. Llevando al extremo la reflexión, podríamos preguntarnos si es factible una «abreviatura» de «Le Cimetière Marin», y si «Le Cimetière Marin» puede ser leído como Dios manda a través de la «lectura rápida». Pero quizá Paul Valéry —o el sucedáneo que ustedes gusten— es lo de menos. «No tengo tiempo de leer», nos confiesa cualquier amigo. Tal vez sea una excusa; también puede ser la más estricta verdad... ¿Se lee «más», se lee «menos»?

Joan FUSTER

CAMPAÑA DEL NEGOCIO MODERNO
SENSACIONAL OFERTA
PARA MODERNIZAR SU ESTABLECIMIENTO

Barra-Bar de lujo 8 m. 52.000.- Pts.
Asador 31.350.-
Registadora 18.036.-
Lavavajillas 47.025.-
Plancha 2.310.-
Cafetera 42.210.-
Botellero todo inox. 20.000.-

CELAYA P EXPOSICION DE 2.000 m²
DE EQUIPO COMERCIAL
INSTALACIONES COMPLETAS
DECORACION
FABRICACION PROPIA.
GRATUITO

URGEL 55 (junto Granvía)

LAVA SUPER
LANZA UN NUEVO MODELO

LA MAQUINA COMERCIAL CON LA PROGRAMACION MAS COMPLETA PARA SALONES DE LAVANDERIA

Informes:
LAVA-SUPER, S.A. Avda. José Antonio, 581,
7.º D (Aribau-Muntaner), BARCELONA
Teléfonos 254 53 29 y 254 53 32
Parking gratuito: Casanova, 53

fich instituto
Le ofrece sus cursos de
IBM/360

- * 'TEST' GRATIS DE APTITUD
- * Horarios compatibles
- * Garantía de enseñanza
- * Plazas limitadas
- * 7 años de experiencia en España y 12 en el mundo
- * REALIZACION DE TRABAJOS CON ORDENADOR

PLAZA URQUINAONA, 1, 3.º, 2.º - Teléf. 222 35 74
BARCELONA
INFORMACION: LEGANITOS, 9-11 - Teléf. 248 75 24
ALCALÁ, 204 - Teléf. 256 66 99
MADRID